

Sociedad y economía en la “polis” helénica

por ANTONI JUTGLAR

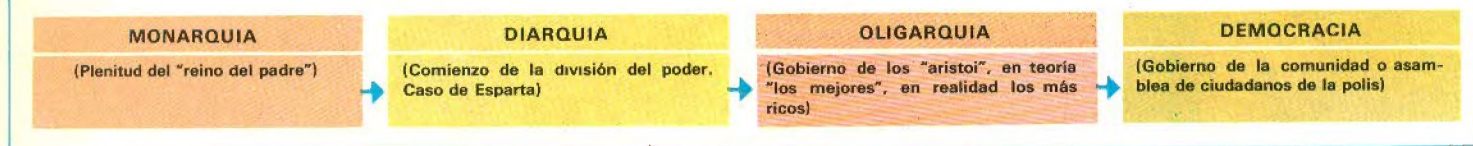
Acrópolis de Atenas. Ruinas al sur de los Propileos o puertas de entrada al recinto y templo de la Victoria Áptera. Por encima de cualquier olvido, sobre estas ruinas, con la firmeza que han demostrado a través de los siglos, siempre recordaremos que aquí comenzó el hombre a convivir en libertad.

En la línea dinámica—extraordinariamente impulsada por la revolución del neolítico—del desarrollo histórico de la humanidad destacó muy pronto, como una de las características más fundamentales del proceso general del mundo antiguo, la tensión progresiva entre la idea de los primeros imperios militares y la realidad creciente de las ciudades. Una realidad en ascenso que —a través de múltiples vicisitudes— encontró una de sus expresiones más significativas en el fenómeno sociopolítico, económico y cultural representado por las ciudades (la *polis*) de la antigua Grecia, de la vieja y querida Hélade.

Una realidad ciudadana, en suma, que encontraría sus símbolos más quintaesenciados en torno a las dos grandes *polis* rivales de la Hélade: Atenas (capital del Ática) y Esparta (capital de Lacedemonia).

Y precisamente en este sentido debe buscarse la grandeza del legado clásico que nos dejaron los antiguos griegos. Junto con la invención de formas de pensar y actuar intelectualmente, de hecho análogas a las que aún seguimos utilizando y que giran en torno al concepto de “razonamiento objetivo”, la grandeza del viejo mundo helénico radica en haber sabido encontrar una forma occidental

LA TRAYECTORIA "TÍPICA" DE LAS POLIS HELENICAS HASTA ALCANZAR SU MADUREZ



de *civilización*, es decir, una forma occidental de *ciudad*. No es ninguna exageración afirmar que la antigua cultura griega señala también una decidida orientación de ascenso hacia la plenitud (una plenitud real) de las ciudades en el mundo de la antigüedad y con dicha orientación de ascenso marca la pauta de una de las primeras y más interesantes manifestaciones de la irrenunciable vocación humana de afirmación de sus anhelos de libertad y de democracia.

Ciertamente, un somero análisis de las realidades sociales, políticas, económicas y culturales de la Hélade nos muestra, por

ejemplo, algo fundamental: el hombre libre de la *polis* griega (y conviene tener en cuenta que no todos los hombres que habitaban las ciudades helénicas eran "libres") no es ya el ser anónimo y prácticamente indefinido de las primeras culturas del Próximo Oriente o de Egipto, sino un individuo concreto que, según sus posibilidades reales, trata de ir afirmando su personalidad a través de múltiples actividades, entre las cuales destaca lógicamente el ejercicio de sus derechos políticos, así como la más o menos abierta manifestación de sus opiniones tanto estéticas como ideológicas. Se trata, en suma, de un

Vasijas de incienso protoátticas (Museo del Cerámico, Atenas). Los rostros de ojos y boca cerrados, la sencillez de la vestimenta, el capullo abriéndose de la figura central, todo, por más imaginación que se tenga, no llega a alcanzar la perfección que el arte griego consigue en la utilización de los materiales plásticos.



ser definido, identificado, reconocible y reconocido que —según el espacio y el tiempo— trabaja, piensa, construye obras de arte, manufacturas comerciales, etc., y tiene una idea más o menos cabal de su papel histórico.

Esta sociedad de hombres distintos respecto a otras culturas históricas surgidas del neolítico tiene además una característica, un signo fundamental y de profunda repercusión histórica: se realiza entre Asia y Europa, en el mundo marítimo mediterráneo, mucho más en Europa que en Asia, e irá extendiendo su influencia a lo largo del mar que une en verdadero ecumeno a África, Asia y Europa, llegando el peso de lo griego hasta la misma península ibérica. Nos encontramos, pues, en los comienzos de la grandeza del Mediterráneo, que posteriormente con Roma alcanzará su cenit, convirtiéndose (dentro de una verdadera "catolicidad" política, económica, social y cultural) en el *Mare Internum* o *Mare Nostrum*, que deberá mucho a la herencia clásica griega a través de su derivación, más o menos adulterada o deformada, que constituye el mundo helenístico.



Anfora ática de figuras negras (Museo de Bellas Artes, Boston). La cerámica de este tipo, propia del siglo VI antes de J. C., tiene la particularidad de presentarnos escenas de la vida diaria. En este caso, el pintor anónimo nos muestra el taller de un herrero con los instrumentos propios de su oficio.

EL UTOPISMO PLATÓNICO Y LAS REFERENCIAS A LA SOCIEDAD CERRADA

Como es sabido, Platón vinculó sus planteamientos sociopolíticos y económicos a las líneas directrices de su perspectiva filosófica idealista. De ello surgió lo que suele conocerse como utopismo platónico. Paralelamente (aunque acostumbra ser olvidado por algunos autores) no puede perderse de vista que, a la hora de trazar su pensamiento social, político y económico, Platón reaccionaba de forma más o menos radical ante el ambiente negativo que existía en una Atenas derrotada por Esparta y sus aliados, entonces sumida en una profunda crisis tanto espiritual como material.

Ante tal realidad, de innegable peso y trascendencia sobre cualquier espíritu sensible, Platón buscará una utopía, algo que supere la plataforma negativa, que ofrezca planteamientos "perfectistas" que de algún modo eleve a los hombres del conjunto de miserias que le rodean y le asfixian. Aquí radica una de las claves del idealismo "social" de Platón, que ha sido tildado como el primer pensador "comunista" de la Historia. En definitiva, la posición platónica es muy distinta de la que adoptará su discípulo Aristóteles, ejemplo típico del intelectual que se esfuerza por considerarlo y conservarlo todo, por nadar entre dos aguas, y que ante la realidad que le envuelve adopta una posición ecléctica y de compromiso evidente en favor del que manda.

Por el contrario, Platón imagina una "sociedad ideal", montada sobre la colocación piramidal (jerárquica) de cuatro tipos de elementos. Tal sociedad ideal tiene en cuenta los condicionamientos negativos que afectan a la inmensa mayoría de hombres. Por ello la ciudad platónica, su sociedad "ideal", es jerárquica e inmovilista, no puede ser cambiada y se basa sobre el cumplimiento de unos papeles concretos y el respeto a unas formas indiscutibles de autoridad. Planteamiento que ha conducido a algún autor a hablar de Platón como defensor de un concreto tipo de sociedad "cerrada" y como enemigo de las fórmulas verdaderamente abiertas o democráticas.

Para Platón, la "sociedad ideal" debía estar compuesta únicamente por cuatro grupos sociales, con funciones muy parecidas a las desempeñadas por ciertos elementos del cuerpo humano. En este sentido, concretamente, hablará de *vientre*, *corazón* y *cabeza*.

Constituirían el *vientre* —o sea la parte menos noble y más elemental del mecanismo socioeconómico— las grandes masas obreras, la inmensa mayoría de la sociedad, que formarían la base de la pirámide social. Se trataría de individuos con una función meramente productiva y alejados por completo de cualquier papel decisivo, consultivo o paralelo. Es decir, no participarían —a pesar de ser la inmensa

mayoría del cuerpo social— en las actividades de gobierno.

En un estadio o nivel superior al antedicho se colocaría una minoría relativamente numerosa (las necesidades derivadas de la defensa del orden establecido o de las amenazas exteriores, etc., determinarían la cantidad) que constituiría el *corazón* de la sociedad. Constaría de elementos activos en la defensa de la sociedad, o sea, de los guerreros, instruidos desde su infancia en la vida militar, en el arte de la guerra.

Por encima de los niveles anteriores habría un grupo muy reducido de "personas selectas", a las que Platón denomina "tutores". Sería un grupo de hombres sabios que —al igual de lo que ocurriría, en su terreno, con los guerreros— son educados desde la infancia para dirigir la sociedad. Ellos constituyen la *cabeza*. Presidiendo la pirámide y formando la cabeza suprema se encuentra el filósofo-rey, el más apto de todos los sabios.

Nos encontramos, pues, ante una verdadera utopía, en la que destacan el horror de Platón a las degeneraciones hereditarias y —contrastando con la realidad helena— el gran respeto que tiene a la mujer, igualándola en muchos aspectos al hombre. Por último, Platón no confía en la "buena voluntad" del hombre común, al que trata de ver como un animal bien domesticado.

A. J.

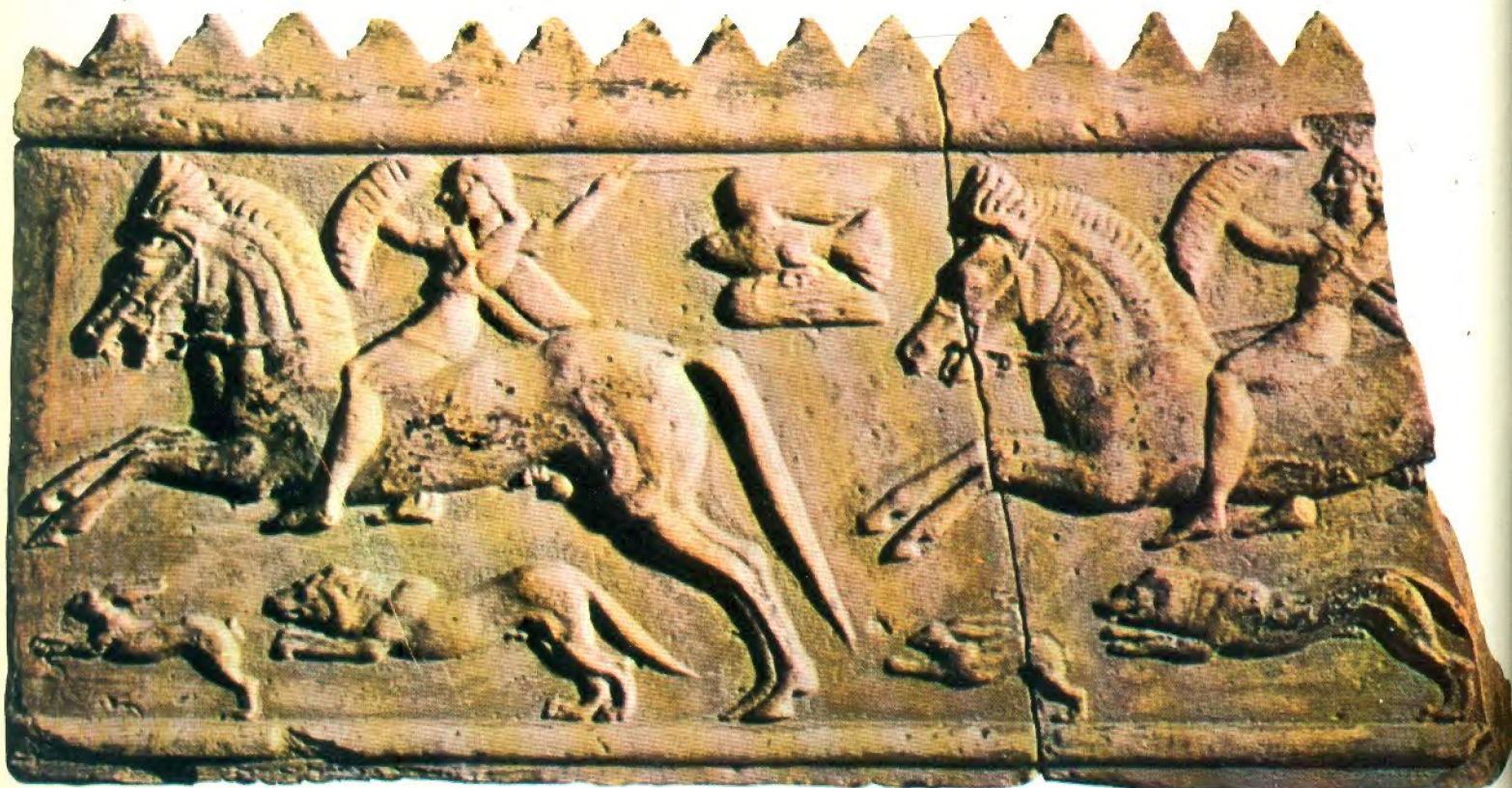


Escena de caza del siglo VI antes de J. C. (Museo de Thasos, Grecia). Como en todas las épocas, las clases pudientes de cualquier polis pasaban su ocio entretenidas en la caza, tan actual, por otra parte, de la liebre, que aquí intenta huir, sin conseguirlo, del perro cazador, mientras el jinete los sigue, en este caso, armado como para la guerra.

La realidad social y económica de la Grecia antigua constituye, por tanto, algo importante y que no puede plantearse tranquilamente en pocas páginas, lo cual hace ciertamente difícil nuestra tarea. Trataremos, no obstante, de resumir y trazar unas líneas básicas que nos ayuden a comprender la importancia real que en todos los campos revistió la polis helénica. En este estadio concreto del mundo clásico comprobamos asimismo un fenómeno sociológico y político de extraordinario interés y trascendencia: el brote de una pugna singular —extraordinaria, significativamente característica de cierto dinamismo inalienable de la antigüedad— entre la ciudad (o varias ciudades) y el inmenso empuje de un poderoso imperio.

Expongamos brevemente la cuestión y señalemos que el mundo asiático antiguo tendió a ser integrado, engullido, en el conglomerado constituido por los grandes imperios, que culminaría en el persa. Frente a tal realidad —junto con excepciones importantes como las del conjunto fenicio—, los helenos afirmaron su vocación a la autonomía, su lucha por la independencia y la autodeterminación de las ciudades.

Concretamente, en un momento dado (las guerras médicas) el pequeño mundo de las polis helénicas se enfrentará y resistirá al fabuloso imperio de los persas. Durante mucho tiempo, las dos corrientes permanecerán frente a frente, sin ceder y sin llegar a predominar plenamente la una sobre la otra. Finalmente, el mundo "aglutinado" de los persas comenzará a mostrar señales claras de resquebrajamiento. Sin embargo, y aquí está el eje de la gran tragedia del mundo clásico griego, la polis helénica para poder triunfar decididamente sobre su gran enemigo, el mundo persa, tuvo que contemplar cómo iba desapareciendo, cómo iba destruyéndose, como ideal y como realidad, en aras del engrandecimiento macedónico y, sobre todo, del nuevo imperialismo alejandrino y de sus epígonos helenísticos. De hecho, la síntesis entre la corriente ciudadana (patrocinada por los antiguos helenos) y la imperialista será la que siglos más tarde producirá la extraordinaria plenitud del mundo romano.



Por otra parte, uno de los aspectos que mayormente debe destacarse del conjunto político, social y económico de la antigua Hélade (en especial, al efectuar un análisis de la realidad ateniense) es el lugar que ocupa el concepto sociológico, e incluso personal, de autonomía. En efecto, la autonomía ciudadana, la libertad e independencia de cada *polis* constituyen una de las principales características de su organización y de su forma social o colectiva de entender la vida. A este respecto debe subrayarse que el proceso de autonomía de una ciudad helénica (de una *polis*) respecto a formas de dominio exterior, el proceso de liberación de los ciudadanos (o de los hombres libres que componen la *polis*) respecto a su rey, patriarca, señor o cargo similar, es un proceso progresivo, que no se efectúa súbitamente y que es inseparable y paralelo al proceso creciente de desarrollo económico, de desarrollo fundamentalmente mercantil, que les permite así obtener una relativa autosuficiencia. De este modo, ciudad y comercio se interrelacionan y aparecen como inseparables.

Resumiendo una complicada trayectoria, podríamos decir que el proceso de autonomía constituye —junto con el desarrollo de formas mercantiles competitivas— un proceso de dinámica “diferenciadora” que, en lugar de tratar de integrar más y más territorios, tiende a separar, distinguir y concretar comarcas y ciudades. En el eje de las



Copa ática del siglo VI antes de J. C. (Museo del Louvre, París). En el centro, la decoración representa el sacrificio de un cerdo, animal muy importante en la alimentación en cualquier época.

líneas de esta dinámica de afirmación de autonomías (en el proceso doble señalado, colectivo y personal, y asimismo doble en tanto la ciudad pretende liberarse de injerencias exteriores y el ciudadano concreto trata de soslayar determinadas dependencias, etc.) se encuentra una significativa serie de fenómenos, cada uno de los cuales constituye un hito de progreso innegable. Se elimina, en primer lugar, al déspota-patriarca teocrático. Se discute y se lucha contra la práctica primaria del poder monárquico, que tiende a ser dividido (por ejemplo, la diarquía espartana), para acabar siendo asumido por la colectividad, de hombres libres de la *polis*.

Tal proceso es sumamente interesante, porque en esta trayectoria compleja de lucha se combate al propio tiempo contra lo despótico y lo mágico, a través de la utilización



Ánfora griega de fines del siglo VI antes de J. C. (Museo Británico, Londres). El tema que representa la decoración de esta pieza, la recolección de la aceituna, nos hace recordar la vida miserable del Ática agrícola, obligada a cultivos anuales y sometida a un latifundismo agresivo. El no poder pagar las deudas por el arriendo de las tierras era en la Atenas de aquel siglo motivo suficiente para convertirse en esclavo del “aristos”, del mejor.

EL PENSAMIENTO SOCIOPOLITICO ARISTOTELICO

Es tópico hablar de la labor conciliadora de todos los sistemas posibles efectuada por Aristóteles en el campo de las teorías políticas, sociales y económicas: admite la esclavitud como algo normal y natural; adula al poderoso; quiere quedar bien con los discrepantes en el terreno de las ideas, etcétera, aunque no es menos cierto que su labor intelectual ha marcado una profunda huella en la historia de los sistemas sociales y políticos.

Las ideas aristotélicas a este respecto aparecen expuestas en dos de sus obras, *La Política* (nombre que hizo fortuna) y *Ética a Nicómaco*, que dan pie a un interesante estudio de la sociología política en la época aristotélica, estudio que debe tener en cuenta la diferencia entre pensamiento y acción, entre lo que se dice y lo que se hace, entre idea y realidad, etc. En el campo teórico, el hombre—según Aristóteles—constituye una parte, un elemento, inseparable de un todo. Un todo constituido por el conjunto que denominaremos *polis* o estado. Por tanto, el hombre (los esclavos no cuentan, ya que no son hombres propiamente dichos, sino “cosas”, objetos, que se compran y venden en el mercado) no puede realizar apropiadamente los objetivos de su vida más que dentro del marco de dicha sociedad.

De Aristóteles es aquella frase, tan tónica y archirrepetida, de que el hombre es el *zoon politikon*, el “animal político” o “social”, depende de cómo se traduzca el término *politikon*. En teoría, Aristóteles no es un totalitario, sino más bien todo lo contrario: en el seno del estado, el ciudadano debe disfrutar de aquello que la teoría política viene designando tradicionalmente como “derechos”. Sin embargo, Aristóteles no es partidario de la igualdad y, además de sus conocidas ideas sobre la “naturalidad” de la esclavitud, se anticipa, en cierto modo, a lo que más tarde serán conocidas como teorías orgánicas del estado, exponiendo la idea de que los hombres han nacido para ocupar un determinado lugar en la sociedad; por tanto, no deben moverse del lugar al que han sido destinados. En resumen, un sitio para cada cosa y cada cosa en su sitio. Así salva también su teoría del justo medio entre los extremos opuestos.

Paralelamente y usando una lógica muy simplista, deduce que un estado “bueno” será aquel (y aquí está la clave del sofisma moralizante de la “bondad” aristotélica) en el que todos los hombres estén ocupando, sin tensiones, el lugar que para cada uno de ellos designó la omnisciente naturaleza de las cosas.

De acuerdo con tales perspectivas, surge el conocido eclecticismo sociopolítico y económico de Aristóteles, que le hace concebir, en la práctica, la posibilidad de que existan seis distintas formas de gobierno: tres tipos de gobierno deseables o deseados y otros tres tipos que son degenerados, deformaciones de los tres primeros. En resumen, de acuerdo con el aspecto más profundo del planteamiento que acabamos de exponer, no existe para Aristóteles una forma ideal de gobierno o de organización social, sino una serie de formas políticas o sociales más o menos aceptables. En este sentido el aristotelismo—lo cual es de una positiva importancia innegable—abrió un ancho camino para la floración de corrientes teóricas relativistas, que aparecerían más adelante.

Concretamente, Aristóteles admitía como tipos de gobierno o de organización social, deseados o deseables, los tres siguientes: la monarquía, la aristocracia y la democracia. Su validez dependía de las realidades coyunturales de espacio y tiempo. Inversamente, los tres tipos deformados o degenerados que surgen de las anteriores son, respectivamente, la tiranía, la oligarquía y la demagogia.

A. J.



de un instrumental ideológico que se fundamenta en la utilización de una metodología en constante perfeccionamiento.

Por ello decimos que el mundo griego es clásico y que en la Hélade se encuentra la cuna de la civilización, a la par que se repite que el hombre helénico se encuentra todavía muy cercano a nosotros. En efecto, el hombre libre del mundo griego descubrió la importancia de la actividad reflexiva, del papel de la inteligencia, y en esta línea fue capaz de centrar su plan general de trabajo y de acción sobre la afirmación del papel de la razón y de la libertad. Paralelamente, convencido de la necesidad imperiosa de conseguir unas plataformas concretas de realización de dicha libertad, este hombre intentó establecer racionalmente unas condiciones de vida a través de las cuales el hombre libre pudiera disfrutar de los bienes de la economía para conseguir el bienestar y la libertad; en resumen, para lograr, en la medida de lo posible, la felicidad.

*Detalle de un sarcófago
con representación de un combate
entre griegos y amazonas
(Museo del Louvre, París).*

Es fundamental, por otra parte, efectuar no una matización, sino más bien recordar un hecho socioeconómico fundamental: la sociedad griega —al igual que lo sería la romana y al igual que lo fueron todas las sociedades antiguas— fue por definición una sociedad esclavista. Y por ello conviene concretar que la idea y la reivindicación de libertad quedaron ceñidas sólo a la libertad de los hombres libres (una pequeña minoría en cada *polis*) y no alcanzaron, sino todo lo contrario, a los esclavos. Sólo a partir de tal consideración es posible centrar debidamente, y sin exageraciones románticas, la gran aventura sociopolítica que supone la constitución y el mantenimiento de las *polis* helénicas.

Subrayado el extremo precedente, de que sólo se reivindica libertad para los hombres libres, pasemos a otras consideraciones. Así, por ejemplo, es evidente que, a pesar de su marco reducidísimo, la reivindicación de concretas y crecientes fórmulas de libertad originó un positivo movimiento de progreso, que en la inmensa mayoría de las ciuda-

des griegas se concretaría en la lucha por obtener el funcionamiento de una democracia (típico concepto griego, en que se define el gobierno del pueblo ejercido por toda la asamblea o reunión de hombres libres de la ciudad o por sus representantes legítimos), movimiento y lucha paralelos a la definición de la autonomía, soberanía e independencia de cada *polis* respecto a todas las demás.

La trayectoria del complejo proceso que acabamos de esbozar no se realizó fácilmente y en algunos casos ni llegó a consumarse. Para comprenderla debe tenerse en cuenta que las formas sociales sólo avanzan a medida que se producen crecimientos y formas tangibles de desarrollo económico. La complicación y el aumento de las posibilidades económicas inciden directamente en la complejidad de las coherencias y relaciones sociales, derivándose de todo ello un esfuerzo cada vez mayor en favor de la definición y de la práctica de las fórmulas de participación en la organización de la ciudad, de la *polis*; es decir, en favor de una mayor participación en la organización política.

Portadores de hidrias que, llenas de miel, se ofrecían a Atenea en las fiestas llamadas Panateneas, según este fragmento del friso del lado norte del Partenón, siglo V antes de J. C. (Museo de la Acrópolis, Atenas). La escasez de agua y la falta de conducciones que la llevaran a cada hogar obligaban a los pueblos a resolver el problema con recipientes de diferentes formas que conservaran en buenas condiciones el agua para beber. Los griegos utilizaban las hidrias, de vientre abombado y gran capacidad, para este menester.



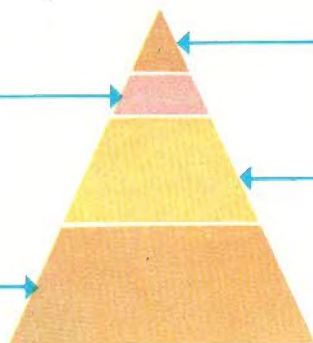
LA SOCIEDAD "UTOPICO-IDEAL" DE PLATON
(Según esquema de A. JUTGLAR)

CABEZA de la sociedad, formada por "tutores", sabios, educados para dirigir la sociedad.

Filósofo-rey, "cabeza suprema", el más apto de todos los sabios.

VIENTRE de la sociedad, formado por las grandes masas obreras, sin ningún papel político, y que constituyen meros elementos productivos

CORAZON, guerreros, educados desde su infancia, para ser los defensores de la ciudad



Copa de figuras negras que representa un sembrador y un labrador (Museo Británico, Londres). El campo de la Hélade, pobre y esquilmo por la usura de sus propietarios, creó la necesidad de buscar otros medios con que alimentarse. El comercio y la emigración son procesos típicos de un país dinámico y superpoblado, pero de escasos recursos.

Esfuerzo que es inseparable, como puede imaginarse, de la tarea constante en pro de la mayor presión en el marco social correspondiente, a fin de conseguir modos tangibles que contribuyan a la más amplia definición de la autonomía personal, en favor del logro de las garantías concretas, reales, auténticas, que permitan a cada miembro activo de la *polis* una verdadera realización de la libertad.

No hace falta insistir demasiado en el hecho, ya apuntado anteriormente, de que la aportación griega a nuestra cultura radica precisamente en la dinámica de racionalización, progreso y libertad que hemos esbo-

zado en párrafos anteriores. Aquí radica la gran "originalidad" del pueblo heleno y el hecho de que pueda considerársele como la cuna de la cultura de Occidente. En función de una definida vocación de felicidad, bienestar y libertad, a través de la adopción de un concreto método de pensar (que no encontramos en los pueblos orientales antiguos, incluido Egipto) se fue definiendo en el mundo heleno una orientación del esfuerzo humano hacia formas ingeniosas y beneficiosas de aprovechamiento de los recursos de la naturaleza, así como una definición concreta del papel del hombre libre "en la naturaleza". Una orientación y una definición claramente dirigidas a obtener progresos constantes, orientación y dirección que asimismo deben ser enfocadas en función de un fenómeno social y cultural clave, ya apuntado: nos referimos al hecho trascendental de que los griegos fueron el primer pueblo conocido que pensó "científicamente", que efectuó razonamientos objetivos. Fueron, en fin, los primeros en razonar sobre todo lo humano y lo divino, abarcando su tarea intelectual todos los campos posibles de la experiencia humana.

Hasta la etapa histórica que supone la maduración de la realidad social, plural y compleja (conjunto de *polis* autónomas) del mundo heleno, todos los pueblos habían contemplado los fenómenos y acontecimientos de cualquier tipo como algo mágico, misterioso, místico, sagrado, intocable e indiscutible. El conjunto de las primitivas so-





ciudades estaba presidido por un fatalismo integral, por un concepto trágico del mundo y de la vida, cuyos hilos están en poder de unas manos ocultas y misteriosas que son las que mueven y orientan el destino humano. Es decir, no existía un concepto o conciencia de historia ni de destino histórico. Evidentemente, el sentido mágico, trágico y mítico de las fuerzas ocultas de la naturaleza y el más allá existían en la antigua Grecia, pero lo importante, lo verdaderamente revolucionario, es que (junto a la permanencia evidente de la mitología) algunos helenos, a medida que las condiciones de la sociedad y de la economía fueron siendo más favorables, comenzaron seria y profundamente a pensar

que no era cierto que todas las cosas ocurrieran debido a la voluntad arbitraria de un mecanismo mágico y misterioso, organizado por fuerzas ocultas, sino que los fenómenos y los acontecimientos de todo tipo se producían por alguna causa que podía ser explicable por la razón humana. Comenzaron a pensar que los fenómenos y los acontecimientos mencionados tenían concretamente un origen físico. En este terreno, pues, los griegos aportaron una teoría de la ciencia y metodología del pensar que iba a pesar mucho en la fundamentación de las futuras ciencias sociales, políticas y económicas.

No es posible seguir adelante sin hacer mención de un hecho importante que sitúa

Ruinas del ágora de Corinto. Esta ciudad, por la situación en el istmo de su nombre, fue ruta comercial entre el Peloponeso y el resto de la Grecia continental. Su importancia, grande en el comercio y la industria de la cerámica y el bronce por el empuje de una dinastía de tiranos, los Cipsélidas, decae con el fin de éstos, a mediados del siglo VI antes de J. C. Corinto, gobernada por tiranos, es el ejemplo de una ciudad griega, entre las que, insólita excepción, Atenas constituye un mundo aparte —eso sí, glorioso— de autogobierno de hombres libres.



Friso del tesoro de Sifno, de 525 a. de J. C., que representa la lucha de Artemisa y Apolo con los gigantes (Museo de Delfos). La expansión económica y demográfica se manifiesta en Grecia a través del comercio y de la fundación de colonias. Sifno fue una colonia ateniense entre las islas Serifo y Melos, muy rica por sus minas de oro y plata. Tenía como divinidad particular a Apolo y Artemisa, y por ello construyeron en el santuario de Apolo en Delfos un tesoro donde depositaban la décima parte del producto de las minas. Es un caso de colonización religiosa, además de política —Sifno siempre apoyó a Atenas— y comercial.

el papel de las minorías pensantes a que ya nos hemos referido. En efecto, es preciso tener en cuenta que la mencionada actividad intelectual minoritaria coincidió con las variadas realizaciones prácticas que los hombres libres de la Hélade efectuaron en todos los terrenos, respondiendo a ello los diversos ensayos socioeconómicos efectuados por muchas de las *polis*.

Se trata, por otra parte, de intentos muy específicos y determinados que deben situarse debidamente en el seno de un marco técnico y estructural muy concreto. En efecto, la característica económica más destacada del mundo helénico es la realidad complicada de una mezcla (siempre en tensión) entre la economía de producción, propiamente dicha, y la vieja y primera economía de extracción. Esta mezcla, tensa, difícil, pero rentable, es en definitiva la que explica no sólo fenómenos complejos como, por ejemplo, el de las anfictionías, sino otros, en apariencia más simples, de profunda reper-

cusión histórica. Concretamente nos referimos a las relaciones entre una *polis*, convertida en metrópoli, y sus diversas colonias.

El análisis de los intentos socioeconómicos del mundo heleno debe efectuarse teniendo en cuenta una serie de elementales matizaciones. En primer lugar, hay que tener presente que la unidad del denominado mundo griego en el terreno cultural y, menos aún, en el político no es totalmente cierta. La plena independencia de muchas *polis* respecto a otras es clara soberanía real. Además, el distinto carácter político y cultural existente en el conjunto heleno queda claramente patente en la profunda diferencia de muchas instituciones y la auténtica complejidad de las motivaciones y causas que distinguieron, por ejemplo, a Atenas de Esparta y que comportaron asimismo la constante y sangrienta rivalidad entre las dos *polis*.

Paralelamente, existió siempre en el conjunto heleno una verdadera tensión entre las



Copa ática de finales del siglo V a. de J. C. (Museo del Louvre, París). Representa a una mujer haciendo juegos malabares. Como en todas las épocas, la sociedad ateniense en sus leyes distinguía dos tipos de mujeres: las madres de familia y esposas, y las otras, las "hetairas", nombre que recibían las cortesanas y mujeres fáciles, personaje habitual en fiestas y banquetes y de indudable importancia en el mundo social de la antigua Grecia.

ideas y realidades nuevas y la permanencia de valores, ideas y realidades antiguos. Las diferencias helenas alcanzan puntos importantes de su vida social, económica y cultural: variedad lingüística, diversidad de costumbres, formas y creencias religiosas, variedad importante de maneras de pensar, ver y entender la vida, etc. De todas formas, las grandes diferencias apuntadas no pueden borrar los puntos de coincidencia que giran alrededor de una plataforma que condiciona en buena parte el planteamiento y la acción de la *polis* típica: la ciudad griega —ubicada en una muy concreta realidad del mundo antiguo— no tuvo otro remedio que ser especuladora y comercial, realizando una actividad económica incansable, a fin de que los ciudadanos que vivían en ella pudieran ser auténticamente libres, etc.

Por otro lado, tal actividad especuladora y comercial debe ser vista en función de una realidad de explotación de otros hombres y pueblos; es decir, sobre la base de la existen-

cia de importantes núcleos de esclavos y en la realización de las actividades coloniales. Si no se cuenta con el esclavismo ni con el papel desempeñado por las colonias en el mundo económico de la primitiva Hélade, si no se tiene presente tal realidad, no es posible tratar con justicia y exactitud la realidad social de las *polis*.

En párrafos anteriores hemos expuesto una serie de rasgos definitorios de la trayectoria y de la realidad de las más típicas *polis* o ciudades-estado del antiguo mundo griego. Dentro del marco de las ordenadas espacio-tiempo, la *polis* constituye un grupo social muy cerrado, con una jerarquía evidente y concreta; un grupo autónomo que ha buscado y sigue buscando fórmulas cada vez más avanzadas de autogobierno y de participación de todos los ciudadanos; un grupo que engloba sólo a unos seres concretos: los hombres libres, de mayor o menor categoría. En la ciudad, sin embargo, viven, además de los hombres libres mencionados, otras mu-



Estatua en bronce de una vaca (Museo de Delfos). La religión griega, creada por y para el hombre, que rehuía el vacío espiritual, quiere lo que el hombre. La vaca, animal muy apreciado por el hombre, es servida en sacrificio a la divinidad.

chas categorías de individuos (esclavos, metecos o extranjeros, etc.), pero únicamente el ciudadano pleno, es decir, el hombre libre de la ciudad, de la *polis*, puede opinar y actuar políticamente (política=gobierno de la ciudad) y sólo en él tienen plena vigencia el derecho que para sí misma se ha otorgado la *polis*. Así, por ejemplo, el meteco no está incluido dentro de las constituciones ciudadanas, y por represalia o cualquier otro motivo puede ser muerto, detenido, expulsado, obligado a servicios determinados, etc.

El paso de la fase de despotismo monárquico (de plena vigencia de los principios, las fórmulas y los mecanismos del "reino del Padre") hasta llegar a modos de gobierno algo más abiertos coincidirá con una importante evolución de una economía más directamente vinculada a lo agrario hacia la adopción —cada vez más clara y decidida— de formas mercantiles más abiertas, expansivas

y emprendedoras. En otras palabras, para superar la fuerza del "reino del Padre" fue preciso que el propietario agrario, el terrateniente, se viera equilibrado primero, y presionado luego, por una verdadera clase de comerciante en constante desarrollo y ascenso.

A este respecto, es sumamente ilustrativo el caso espartano: la monarquía pasó a ser dual, a convertirse en diarquía, expresando la realización de una voluntad "social" de poder. Una división que, en el conjunto de las *polis*, tiende a aglutinarse en torno al papel hegemónico de los *aristoi*, o sea, literalmente, "los mejores", los más ricos, los que detentan mayor poder económico. Unos *aristoi* que, superando los esquemas primitivos del unitarismo soberano de las formas monárquicas, pasan a convertirse en oligarquía gobernante; una minoría que, a medida que evoluciona social y económicamente el conjunto de la *polis*, deberá dejar paso a fórmu-

las más abiertas y que desembocará en la adopción de la variedad política que conocemos con el nombre de democracia y a la que antes hemos hecho referencia.

El máximo exponente de esta trayectoria que culmina en la democracia es Atenas, o sea, la gran rival de la oligárquica y conservadora Esparta. Las fórmulas democráticas quedarán tipificadas, desde aquellas lejanas fechas, en la división del poder y en el hecho de que todas las potestades (legislativa, elec-

LOS SISTEMAS POLITICOSOCIALES, SEGUN ARISTOTELES					
Formas deseadas o deseables			Formas "degeneradas" de la realidad anterior		
1	MONARQUIA	→	4	TIRANIA	
2	ARISTOCRACIA	→	5	OLIGARQUIA	
3	DEMOCRACIA	→	6	DEMAGOGIA	



Mujer sentada, según escultura helenística (Museo de Alejandría). Ha caducado ya la madura y serena Grecia. Con el helenismo se abre camino la ligereza, la trivialidad, el realismo de cada día; lo que importa es disfrutar de esta vida, mostrarla tal como es. El escultor en esta obra no quiso representar "la mujer", sino simplemente "una mujer".

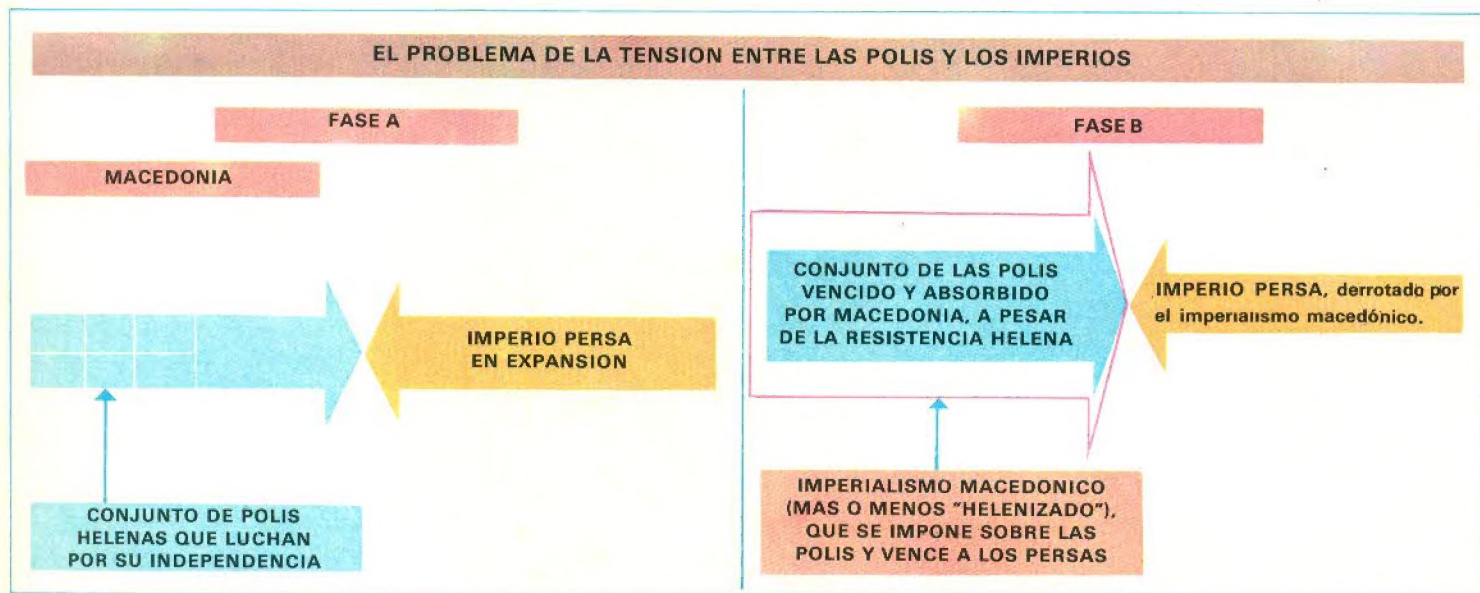
Figurita de Tanagra que representa una ménade, siglo III a. de J. C. (Museo del Louvre, París). La belleza y expresividad que el arte clásico consigue en los desnudos y medio desnudos femeninos, aquella sublime perfección da paso al vestido que cubre lo que ya el arte no sabe elevar a la categoría de bello, conservando, no obstante, cierta gracia, cierto "estilo" que, sin duda alguna, nos define esta figurita como helenística.



toral y judicial) tienen su núcleo o centro nervioso y vital en la acción colectiva de las diversas asambleas populares.

La trayectoria fue abierta, progresiva, históricamente avanzada. Se trató de pasar de formas de poder más coactivas a otras que lo eran menos, en las que la voluntad de los interesados fuera la que organizara, orientara y dirigiera la administración de la ciudad-estado. Esto, frente a los esquemas primarios de los imperios antiguos, supone ya un progreso, un desarrollo importantísimo que honra a quienes trataron de efectuar tales ensayos y asimismo explica el gran papel revestido por la civilización helénica en el futuro mundo occidental. Sin embargo, en esta realidad de definición de soberanías que hizo compatible la independencia de cada *polis* con la posibilidad de una eficaz integración de las mismas para determinados fines y especialmente para hacer frente a terceros (recordemos, por ejemplo, el caso de las guerras médicas), existía un punto débil, verdadero talón de Aquiles, que generó finalmente el desastre, la decadencia, el hundimiento de las viejas *polis* atenienses, especialmente ante la absorción imperialista de los agricultores de Roma.

Es decir, a pesar de diversos ensayos, las *polis* griegas nunca consiguieron efectuar una integración auténtica y eficaz. En el más brutal de los planteamientos, como la imposición de la realidad hegemónica de una *polis* sobre otras, ninguna de ellas consiguió imponer de manera definitiva una forma de gobierno y unos módulos de civilización efectivos, constantes y viables a ningún conjunto territorial que se acercara a las dimensiones revestidas por cualquiera de las realidades de tipo imperial. De ello surgió, inde-



LA ECONOMIA MERCANTIL HELENA Y LA COMPETENCIA CON OTROS NUCLEOS MEDITERRANEOS

Las posibilidades de permanencia de las minúsculas unidades sociopolíticas y económicas que representan las ciudades-estado de la Grecia clásica, de las típicas *polis*, radican en la realización de una intensa y avanzada economía mercantil, en competencia continua con otros núcleos mercantiles del Mediterráneo.

Como es sabido, en Fenicia aparecieron las primeras ciudades-estado del mundo mediterráneo, más o menos autónomas (según las circunstancias), dedicadas a las prácticas mercantiles, fundadoras de colonias, etc. Derivado directo de las ciudades fenicias es el caso de Cartago y su imperio, que en repetidas ocasiones entrará en conflicto con el expansionismo mercantil y colonial de los helenos, del mismo modo que, más tarde, desencadenará la serie de guerras púnicas que acabarán dando el triunfo definitivo a Roma.

Los griegos tuvieron que mantenerse alerta y buscaron constantemente formas de todo tipo (militares o pacíficas) para hacer frente a sus competidores, en muchos casos también griegos. Así, si hacia el año 1300 a. de J. C. los fenicios habían empezado a difundir el *alfabeto*, varios siglos después serán los helenos quienes inventen el gran instrumento de la economía de mercado: la *moneda*, que comenzó a ser introducida y difundida hacia 680 an-

tes de J. C. por los griegos del Asia Menor. Paralelamente, las confrontaciones bélicas empezaron a tomar cierta envergadura, y así en 664 a. de J. C. se dio la famosa batalla naval entre Corinto y Corcyra, conocida por ser la más antigua de las mencionadas por los griegos.

Al mismo tiempo tiene lugar el expansionismo colonial de las diversas facciones helenas. Así, hacia el año 600 a. de J. C. los focenses fundan la colonia de Marsella. En los mismos años, la penetración de los helenos en el Mediterráneo occidental plantea conflictos cada vez más graves con los cartagineses, abriendo el camino a un complejo pugilato, de forma que, si bien hacia 560 a. de J. C. el cartaginés Malchos acabó con la supremacía griega en el oeste de la isla de Sicilia, en la misma época los masaliotas se instalaron en Córcega y en 550 fundaron la futura importante colonia de Emporion en la península ibérica. Hacia el año 511, el espartano Dorieus trató de expulsar a los cartagineses de la isla de Sicilia.

Las dificultades para el desarrollo de las actividades mercantiles helénicas en el marco del Mediterráneo fueron aumentando paralelamente al crecimiento del imperialismo cartaginés. Así, en el 480 a. de J. C. los cartagineses atacaron a los griegos de Sicilia, produciéndose la decisiva bata-

lla de Himera. Tiempo después, en 390 antes de J. C., tuvo lugar la batalla de Alalia.

Complicados los problemas del mundo estrictamente griego, primero por las desgastadoras guerras médicas, después por el imperialismo macedónico y su secuela helenística de epígonos y derivados, las metrópolis helenas contaron cada vez menos en la vida de las colonias que habían fundado y éstas no tuvieron otro remedio que acceder a la fuerza militar en alza, Roma, para hacer frente al imperialismo y a la competencia de los cartagineses. De esta forma, casi insensiblemente, fue declinando el ecumeno mercantil heleno y asistimos a hechos muy concretos, en los que ciudades de raigambre helena del Mediterráneo occidental pactan o piden ayuda a los romanos para subsistir. Así ocurre, por ejemplo, con Marsella y su zona de influencia, que en 231 a. de J. C. consigue enviar una embajada romana a la península ibérica, operación de la que surgió el compromiso de 226 a. de J. C., por el cual los cartagineses daban palabra de no traspasar el río Ebro. Compromiso que muy pronto dio la excusa necesaria para una amplia intervención militar de los romanos en Hispania, desembarcando precisamente en la antigua colonia griega de Emporion.

A. J.

fectiblemente, la decadencia, el hundimiento de las *polis* y con ellas del mundo heleno.

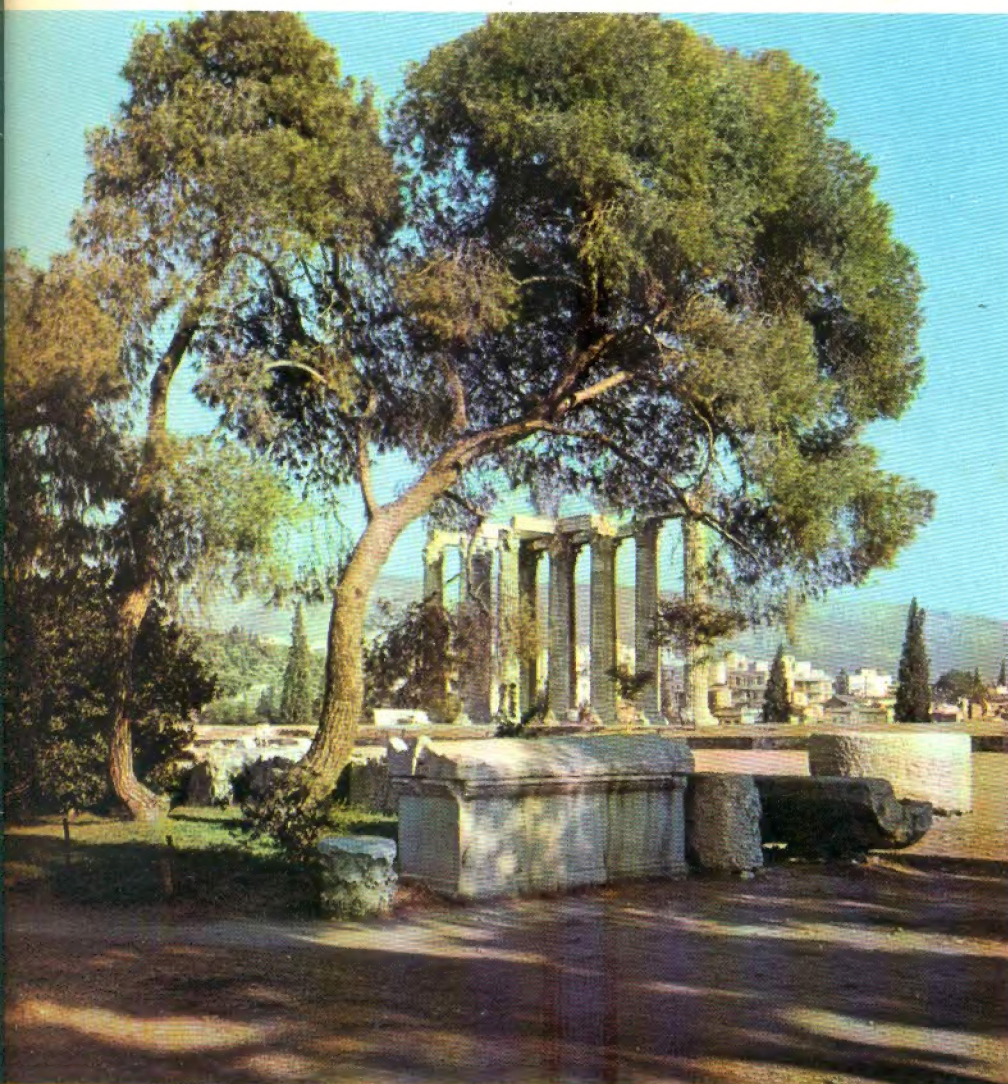
Así, por ejemplo, el repetidamente mencionado caso del largo conflicto que enfrentó a las valerosas ciudades griegas por una parte, y al imperialismo persa por otra, acabó dando paso al crecimiento de un núcleo marginal, no griego estrictamente, sino "bárbaro" de hecho, como el conjunto macedónico, que creció a expensas del enfrentamiento antedicho y acabó convirtiéndose, a su vez, en un nuevo imperialismo, especialmente con Alejandro, que sojuzgó y destruyó la autonomía de las *polis*. De esta forma, asistimos al ocaso de la Grecia clásica, a la decadencia de la sociedad y la economía de la vieja Hélade, modelos de madurez en el mundo antiguo y punto de referencia aún de muchísimas obras, ensayos y trabajos. Lamentablemente, al no ser capaces de encontrar formas viables de integración política, social y económica, las *polis* fueron sucumbiendo y contribuyeron con su caída al hundimiento de la Grecia clásica, originando las manifestaciones decadentes del denominado mundo helenístico, aunque finalmente acabarían beneficiando al nuevo coloso de Europa y el Mediterráneo: Roma.



Cabeza de Mitrídates I, fundador del reino del Ponto (Museo del Louvre, París). El poder de captación de la Grecia clásica fue una de sus mayores venturas y un testimonio de su riqueza interior. La profunda helenización del reino del Ponto sirve de ejemplo, por no citar a tantos otros reinos que se consideraron a sí mismos como filohelenos.

BIBLIOGRAFIA

Burckhardt, J.	<i>Historia de la cultura griega</i> (3 vols.), Barcelona, 1947.
Calderón, R.	<i>Ensayo sobre la formación y decadencia de la ciudad griega</i> , Mendoza, 1966.
Durant, W.	<i>La vida en Grecia</i> (2 vols.), Buenos Aires, 1945.
Glitz, G.	<i>La civilización egea</i> , México, 1956.
Jardé, A.	<i>La formación del pueblo griego</i> , México, 1960.
Jouget, P.	<i>El imperialismo macedónico y la helenización del Oriente</i> , México, 1958.
Rostovtzeff, M.	<i>Historia social y económica del mundo helenístico</i> (2 vols.), Madrid, 1967.
Toynbee, A.	<i>La civilización helenística</i> , Buenos Aires, 1960.



*Templo de Zeus Olímpico en Atenas.
El siglo II a. de J. C.
significa la anexión por Roma
del reino de Macedonia
y, dentro de él, de toda Grecia.
Con Roma, Atenas conservará el prestigio
de su pasado esplendor y será respetada;
aunque nuevos templos se levanten,
aunque la archifamosa Academia
continúe impartiendo sus enseñanzas,
el centro del poder
se traslada ya definitivamente,
mientras Grecia languidece y Atenas
pasa a ser una ciudad provinciana
del Imperio romano.*